

Colección

# UN SPINACOW DE PAN



**Marea Alta.**  
Relaciones entre la vida,  
el arte y la política  
Vicente Zito Lema

# Editorial

---

*"Salir campeón con este club, es como salir campeón con los amigos del barrio."*

(Ramón Cabrero, director técnico de Lanús, año 2007)

Publicamos esta colección: "Un Spivacow de pan", porque queremos que nos pase lo de Ramón Cabrero, queremos salir campeones con nuestros amigos del barrio, con los de "acá". Un "acá" que nos puede ubicar junto a las barrancas de nuestro río Paraná, en El Alto boliviano, flotando en el delta del Mekong o viajando en el subte de Nueva York. Es el "acá" que nos aleja de la pelea por el poder o el contrapoder, el "acá" que nos hace reconocernos como parte de un universo donde acumular es una zoncera, donde la vida se recibe y se pasa.

Escribimos en una lengua minoritaria, aunque seamos mayoría, ejercemos nuestra potencia sin buscar imponer nuestro pensamiento. Creemos que en el barrio hay mucho para contar, para mostrar los aprendizajes de cada vida. Pasiones a contagiar, cuidados a compartir.

Es en ese "entre" que vamos descubriéndonos con inquietudes y certezas, con pasiones y aflicciones, es en el potrero cotidiano donde jugamos, junto a otros, la vida.

Estos artículos muestran sin mayores rebusques, pero con fuertes convicciones, lo que cada uno siente, las maneras que cada uno elige para la vida, todas experiencias ya "comprobadas" en el laboratorio del propio cuerpo, de la propia familia, del propio barrio, del pueblo, del colectivo que somos. Aquí tiene lugar todo: lo intelectual, el pensamiento, la idea, pero sobre todo, el sentir, el cuerpo, el alma que se juega en cada amanecer, de cada día, donde el encuentro con la vida en todas sus expresiones nos hace grandes y nos impulsa a nuevas búsquedas, a nuevos encuentros.

En cuanto al título y precio de esta colección *Un Spivacow de pan* no es más que un juego de palabras con lo que fue casi un lema de Boris Spivacow, libros pensados como un artículo de primera necesidad, libros para todos al precio de un kilo de pan, o si prefieren, tómenlo como un chiste malo, de esos que le encantaba contar a Boris.

Laura Martincich, Armando Salzman

Editorial Fundación La Hendija

Agradecemos a Irene Spivacow por su atención y las fotos enviadas.

Nuestro agradecimiento también por su disposición y calidez a Amanda Toubes.

La nota "Libros al precio de un kilo de pan" pertenece a Juan Ignacio Orúe y fue publicada el 24 de julio de 2011 en Tiempo Argentino ([www.tiempo.infonews.com](http://www.tiempo.infonews.com))

Diseño de tapa: Carlos Vicentín

Diseño de interiores: Laura Martincich

ISBN 978-987-1808-58-8

© por Fundación La Hendija

Galeguaychú 171 (C.P.3100)

Paraná. Provincia de Entre Ríos.

República Argentina.

Tel:(0054)0343-4242558

e-mail: [editorial@lahendija.org.ar](mailto:editorial@lahendija.org.ar)

[www.lahendija.org.ar](http://www.lahendija.org.ar)

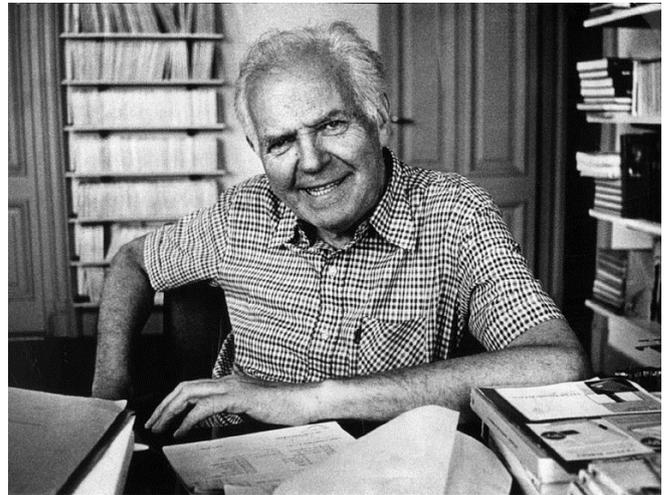
## Libros al precio de un kilo de pan

Boris Spivacow, fundador de Eudeba y del Centro Editor de América Latina, consideró que el libro era un artículo de primera necesidad y que, por lo tanto, era prioritario democratizarlo con costo bajo y una distribución masiva.

**Por: Juan Ignacio Orúe**

El matemático que hacía chistes malos y les pichuleaba los sueldos a los empleados. El tipo que una mañana se tomó un tren a La Plata y entregó la cabeza para salvar de la picana y de la muerte a sus trabajadores en plena dictadura militar. El judío universalista que confiaba en el poder expansivo de la palabra escrita. El hombre de izquierda atravesado por un conocimiento profundo de la industria cultural y con una fe inquebrantable en la fuerza arrolladora de los libros. El incorregible peatón que caminaba con la vista sobre libretas cuadrículadas, porque anotaba desde títulos de una nueva colección hasta los cálculos de los costos de producción de un fascículo. A Boris Spivacow (1915-1994) le caben estas definiciones parciales. También se puede decir de él que fue un hacedor, un emprendedor. Y que por estas características forma parte de la historia cultural de este país. Porque de manera definitiva es recordado como el fundador de las dos editoriales que revolucionaron la industria del libro en la Argentina: la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba) y el Centro Editor de América Latina (CEAL), dos iniciativas que pensaron de manera amplia, democrática, más y mejor la cultura nacional, dos experiencias formadoras de lectores, esclarecedoras y originales, que extendieron el hábito de la lectura a sectores históricamente postergados. Spivacow editó sin interrupción millones de libros con el precio más barato del mercado, porque pensaba que el libro debía ser un artículo de primera necesidad. Había nacido el 17 de junio de 1915 en Buenos Aires, en el Hospital Rawson, y falleció a los 79 años el 16 de julio de 1994. Tres años antes le diagnosticaron "apnea del sueño", un extraño mal que lo obligaba a mojarse la cara para despabilarse, para no quedarse dormido. Gravemente enfermo, recibió el premio Honoris Causa en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. Allí, a sala llena, bromeó, habló sobre su vida, el trabajo, la política.

Gracias a la influencia de Isaac, su padre, un ex profesor de canto del Ejército Rojo, el pequeño Boris se nutrió del teatro y la música rusa del siglo XIX. Casualidad o no, el apellido Spivacow proviene de un verbo que significa "cantar". Libros de Chejov, Gorki, Tolstoi, Dostoievski y Turgueniev alimentaron el imaginario del futuro editor. La literatura tuvo un poder curativo a lo largo de su infancia. A los ocho años cayó enfermo un tiempo largo y los libros de aventuras de Emilio Salgari, entre otros, lo ayudaron a transitar el obligado reposo. Con el paso del tiempo, naturalmente militó en la Federación Juvenil Comunista; luego consiguió trabajo en la editorial Abril, fue director de Publicaciones Infantiles, director general de Publicaciones y uno de los Subgerentes del sello. "Las biografías de las personas siempre están cruzadas por la historia". Spivacow se formó en Abril, una editorial de libros y revistas con un criterio absolutamente periódico, que luego se repite en Eudeba y sobre todo en el Centro Editor. Fueron muy importantes conceptualmente algunas ideas: vender libros en los kioscos, publicar todos los días algo, pensar en públicos más grandes, el modo de transmitir los contenidos. Además, fue muy fuerte la idea de divulgación. Editó muchos libros de divulgación científica en Abril, varios con Oesterheld que, a la vez, hizo historietas. Pensaba que todos los temas se pueden entender si los transmite alguien que los sepa explicar. "Este concepto es clave tanto en Eudeba como en el Centro Editor", señala la periodista e investigadora Judith Gociol, autora de la biografía



Boris Spivacow, el señor editor de América Latina.

**EUDEBA: Libros para todos.** Traducir obras desconocidas para el público de habla española, estimular la producción de obras de investigadores, profesores, estudiosos y artistas nacionales, impulsar la labor bibliográfica de aquellos profesores e investigadores de carrera con poco alumnado. Toda esta tarea se propuso Eudeba desde su inicio con Spivacow a la cabeza. Miembro del equipo fundador y gerente general, estuvo acompañado por un directorio de lujo. Entre otros estaban José Babini y José Luis Romero, futuros colaboradores permanentes del Centro Editor. Respecto de las colecciones, el concepto de producir libros al alcance de todos fue irrenunciable desde el inicio.

**CEAL: Más libros para más.** Lejos de guardarse y emprender otros caminos, Spivacow y sus colaboradores siguieron empeñados en la manía de publicar libros, pero esta vez la iniciativa se desarrolló en el ámbito privado. Al mes de la renuncia compulsiva a Eudeba, en sus oficinas intervenidas, nació el 21 de septiembre el Centro Editor. Esta fábrica infernal de libros, de notable concepción iluminista, duró casi tres décadas, hasta el menemismo.

Spivacow es recordado como un personaje de dos caras muy definidas. Al mismo tiempo no dejaba firmar, formó a un montón de gente brillante que firma en todos lados y se hizo muy conocida; a la vez que no pagaba, le pagó a Panchito Ferrara los años en que estuvo preso. Si alguien necesitaba trabajo, él lo inventaba. Era personalista, pero también se bancaba gente crítica. Se bancó las huelgas y siempre fue un defensor de los derechos de los trabajadores. Era siempre una de cal y una de arena. "La síntesis de todo eso es positiva", resume Gociol. Giraudó fue delegado gremial del Centro Editor y a la vez la mano derecha de Spivacow en la producción. Dice que tiene problemas con los aportes jubilatorios y al momento de recordar situaciones conflictivas, calientes, suelta una anécdota. "Una vez le dije a Boris que aumentara el precio del libro aunque sea 10 centavos, porque pagaba sueldos de mierda, pero él se mantuvo firme. Era exigente en el trabajo y cariñoso como persona, era como un segundo padre.

Vital hasta el final y enfermo en su oficina, seguía pensando con lucidez más libros para más. Una vez, dijo: "A más de uno le debe parecer absurdo que yo trabaje con planes a largo plazo, que quiera pensar colecciones importantes para dentro de unos años, en un país en el que no se sabe qué va a pasar mañana en cualquiera de sus aspectos. Pero sigo siendo un optimista empecinado."

# Marea alta.

## Relaciones entre la vida, el arte y la política

### Dejemos hablar al viento

¿Qué sucede con nuestras vidas llevadas y traídas, conmovidas, sea por azar o gracia del destino...? ¿Están las almas y mi alma preparadas para la interrogación de la historia, que súbitamente nos sorprende y nos sacude mientras el cuerpo avanza a los tumbos en las lejanías de donde nunca fuimos más que espectros asombrados de la crueldad del mundo?

Leo con cuidado y ligera sospecha, no fue previsto pero sucede así, los papeles borroneados que me desnudan (he aquí una palabra que tiembla, una hoja del ser en el viento sacudido de los seres), y la emoción me acorrala; es una emoción que no desecha la conciencia, de allí su fuerza, como en toda poética, el delirio dolido de lo perdido nutre la verdad...

Estoy en Ámsterdam, en el agua por doquier, como espacio y como tiempo, es la tierra de mi exilio; conozco estas nubes del ayer... Estas nubes espesas como el puño de un ángel jamás serán un viento sin memoria, no traerán la muerte de nadie ni para nadie; ninguna derrota se arrogará la eternidad, ningún espíritu de la época oscurece la noche, la tan noche del ayer que ilumina hoy, ni transforma en juego del olvido a la conciencia. Lo que ahora irrumpe a caballo de la lectura de mis recuerdos es mi rebeldía; lo he dicho sin pudor ante la mirada asombrada de mi hija artista: se trata en el arte, en el pensamiento y en la vida, vividos como únicos actos, de ser cómplices ante lo dado, acomodados con ropas nuevas a las viejas servidumbres, o para bien de nuestro destino, aún en el dolor, animarnos a ser un subversivo. La vida entonces será un arte sin representación, y la belleza por fin dormirá en los brazos de la verdad.

La lectura que hoy hacemos del ayer pensando en el mañana, nos mueve, nos sacude, nos ata y nos desata... nos advierte que la entrada al paraíso no es más que el confín de un precipicio...

¿No hubo acaso en el ayer –o fue mañana en el mañana – que alguien de pie frente a las nubes, caminando sobre los ríos agitó aquella bandera que decía (a gritos lo decía): *naide es más que naide*.

¿Dónde nos lleva escribir las huellas del pasado como quien intenta tallar el árbol de la vida? ¿Qué cielo nos descubre, qué estación nos espera? ¿Envejecer es acaso un último viaje del corazón abierto, a *puro barlovento*? O sea: ¿sucede como espíritu de alegría y no como temblor agónico la decisión final de soñar la memoria, hasta que la historia sea resucitada del crimen continuo de su deshumanización?

Insisto: la angustia que no nos paraliza insiste, el exilio con mis muertos también insiste; con mis amados muertos, con mis compañeros de la sagrada aventura la angustia que se renueva y se renueva insiste; y la insistencia es apenas la pregunta, como ayer hubo una cabeza golpeando contra la pared en busca de respuestas...

¿Estar vivo es preguntarse *qué hiciste con el amor*? (Es la pregunta final).

¿La mirada del otro es el amor? (Es la primera pregunta ante el vacío).

¿La memoria de los otros es el amor?

¿La muerte del otro que te mantiene vivo es el amor?

¿El otro que miró lo que yo miraría es el amor?

¿El amor para que no muera el otro que está en los otros de mi otro es el amor?

¿La historia que nos resucita y da sentido y latido en el silencio es el amor?

El viento que entra por la ventana no conoce más piedad que las lejanías...

Las hojas se mueven de aquí para allá como si la mano del pasado ahora temblara...

¿Que uno, desde los cielos de la pasión extrema, hable de la historia como memoria del sueño que nos hará vivos en el *naide más que naide* de la subversión que nos subvierte como un fuego que nos consume pero igual nos ilumina es el amor...?

Los cuervos en el árbol, los patos en los canales, el sol como una sombra opacada del sol...

¿Qué fue del exilio y de mis muertos? ¿Tendré respuesta en la escritura, la palabra vivirá como un acto? ¿Su hilo de Ariadna me ahoga o me guía, o sólo es una marca en mi garganta?

La historia de nuestra historia crece a contrapelo, a contraolvidos y a contramuestras en la memoria que le gana la continua brega al cementerio.

Ya no soporta el corazón un mundo enjaulado por el hambre...

¡A borlaveno! ¡A borlaveno! ¡Vamos a navegar! ¡Hay que destruir las jaulas! ¡Desde las hojas luminosas, una tras otras las hojas de poesía puestas sobre la piel de Dios!

¡A borlaveno! ¡A borlaveno!

Está escrito aquí (la mano del ayer escribió en el día del mañana para que sea leído hoy):

Hay una poética de la dignidad que no escurre su mirada ante la muerte.

Surge y resurge en estallidos, a borbotones, una interrogación de la verdad que desnuda su respuesta desde los actos.

La historia de la esperanza es la historia de las luchas que construyen todas las esperas.

¡A borlaveno! ¡A borlaveno!

¿Acaso nuestras almas no guardan en esta luz lejana que nos consuela y desafía la música del viento...?

# Relaciones entre la vida, el arte y la política

*¿Qué busco con el arte?  
Que ocurra la poesía.  
¿Qué busco con la poesía?  
Que resucite la verdad de la vida.  
¿Qué busco con la vida?  
Que el temor de la muerte  
no oscurezca la conciencia.*

## I

Para lograr ser lo que es en el deseo, y todavía más en el devenir de la necesidad, el arte –que busca la verdad de la vida y del ser en la belleza–, también se define desde su no ser, con sus rechazos a un orden social perverso y en su negativa a la parodia o al camuflaje de su esencia. (Ya abundan en el campo de la realidad social los bufones y alcahuetes de la Parca).

Por ello, con balbuceos y a dentelladas, marginada y entre silencios, traída y alejada de puerto por un mar siempre cambiante que esconde los rostros y los destinos, en un viaje que se acepta dramático pero nunca trágico, obligada por la relación de fuerzas y el espíritu de la época al uso y el abuso de la blasfemia y el lenguaje atroz para no menguar su eficacia, la creación artística encara –quemando sus naves– a un poder tan cruel como implacable (hablamos, finalmente, de la personificación metafórica de un imperio y a la par de una multiplicación de acciones dominantes que cubren toda la trama social), que se sostiene sin temblor en un sistema de reproducción material de la existencia cuya naturaleza es la antropofagia. (El bocado máspreciado por el poder es la cabeza del diferente y su comida habitual es el cuerpo marchito de los pobres de toda pobreza.)

Tal sistema no permite al espíritu crítico de un artista, que devela la verdad, otra opción que el enfrentamiento a cara de perro o la sumisión.

## II

La muerte y el destierro, la locura y el suicidio, la marginación y el silencio, integran, históricamente, la suerte del artista que da pelea; así como la sumisión y la complicidad se enmascaran en los discursos del pragmatismo, la “pureza del arte” y el arte como finalidad, o tras los dones de la objetividad del “buen decir”, el equilibrio de las formas estéticas o la contemplación serena y sensible, sin descartar el merodeo nihilista y el servilismo acrítico a los instrumentos de la técnica, paradigma del consumismo sin fin.

Arrojándose al vacío en un salto sin red y sin un pérfido paracaídas, dando otra completa vuelta de tuerca a los imperativos éticos de la realidad, como un niño o un desesperado que se animan a iluminar al lado oscuro de la luna, el arte de la verdad continúa rescatando la belleza –la no bella, convulsiva y exasperada belleza– entre los pliegues más atroces y opacados de la cotidianidad social. Su escenario es la vida y sus personajes rememoran la historia sufriente, en una ceremonia de agonías con sueños y pesadillas, hasta producir la conciencia y

obtener la plena humanidad. (Hay un verdadero salto, una poética, que va de la cantidad –el dolor– a la calidad del gozo social y el bien público, contruidos con tejido amoroso).

## III

En tanto proceso de trabajo libre, el arte se desencadena a partir de un suceso de la realidad social (como espacio intervenido por las subjetividades), que conmociona profundamente al artista creador, y que podemos ver como la primera chispa de un fuego que deberá mantenerse vivo. (La realidad social también la integran los sueños, pura materia humanizada, sin olvidar que el acontecer onírico es aquí revelación que nos alerta, paradójicamente “nos despierta”).

En la calidad del impacto inicial que recibe el artista está el origen y a la vez el destino de la obra, sin perjuicio de los avances y retrocesos, hasta concretar una existencia que en el arte nunca será definitiva.

Hay una sensibilidad y una intuición. Hay una conciencia crítica movida por una suerte de otredad, una exterioridad con forma de imagen, historia, sueño o relato que supera los recelos y defensas y al fin nos envuelve. (Jacobo Fijman nos diría caminando por los patios del hospicio: “hemos entrado en la piel del otro”).

## IV

La conciencia abre el camino para la revelación de la trama, en tanto sólo será posible modificar lo que previamente se conoce. (O sea que atribuimos al arte una capacidad de instrumentación de la conciencia para conocer y operar en el espacio de lo real y ante la magnitud de lo espiritual).

El suceso de la realidad que nos cuestiona hace a lo general y es en principio ajeno, hasta que nuestra conciencia lo vuelve público y luego interior (lo internaliza). La imagen, la voz del mundo exterior se detiene y se reproduce en un nuevo sujeto, en un instante de lo absoluto; lo que pasó nos pasa, y seguirá pasando, actuando en nosotros en un movimiento de alegorías y símbolos que compromete la totalidad del ser (con su campo de ideas y sus experiencias). También la subjetividad entra en juego, alterada a partir de la identificación y la proyección, entre otros mecanismos del psiquismo, y lanza al artista a cumplir con lo específico de su tarea: La conversión de lo siniestro en maravilloso, como bien lo sintetizara Enrique Pichon Rivière.

## V

Los mecanismos y estímulos de la creación artística, y luego su práctica, reclaman la aceptación sin miedo de su poiesis: subvertir el orden del poder, el orden de la no justicia –más aún: destruir su estructura–, para que brille la vida, renacidas sus criaturas en un espacio social de plena humanidad, donde la obligación de ser sobre el no ser del otro (una naturaleza condenada perpetuamente a matar o morir) sea enterrada, así como la luz entierra las pesadillas y maldiciones del pasado.

## VI

El artista de la verdad descubrirá con tristeza, y paradójicamente con entusiasmo y esperanza, a partir del vínculo amoroso que establece con su obra, que en estos tiempos de anomia con crecientes sospechas y frágiles certezas, que desafían la propia existencia social, el arte tiene por límites las felonías de la vida, pero que a la vez esos límites pueden ser trasgredidos, y en la trasgresión ocurrir una pasión feliz.

El artista de la verdad se sostiene en la loca creencia que el bien siempre será bello, aunque la belleza more hoy en los desiertos espinosos de la pobreza y el bien apenas pueda ser escuchado desde el silencio que impone el lenguaje del mal.

## VII

El arte de la verdad en la belleza no tiene por fundamento ni fin el entretenimiento, tampoco la didáctica escolar; no es pasto para diletantes, ni cuerpo para la pornografía, no sirve para la propaganda alienante del poder, ni la calma a los desesperados (incita a la rebelión, ni endulza la mala conciencia (la desnuda), no es elitista sino social, y es romántico y es utópico, aceptando los desafíos que las palabras provocan. Apela a un espíritu fraternal aún en la diferencia, sin usuras ni especulaciones secundarias, económicas o narcisistas. Quien trabaje en la verdad del arte sentirá como propio el dolor ajeno (en especial el del sufriente entre los sufrientes, por pobre, por excluido, por diferente...), y su práctica como artista y ciudadano lo identificará con la defensa de la *condición humana* (de su esencia, que es la dignidad del ser), y sin que por ello el sujeto creador renuncie a su ideología o a sus prácticas políticas. Oír el contrario, las pone a prueba y las afinaza ante el desafío de libertad que provoca el verdadero arte y pone a prueba y las afinaza ante el desafío de libertad que provoca el verdadero arte y ante las instancias éticas. Que el artista tendrá siempre presente, incluso el artista que necesite por un instante cerrar los ojos ante el mundo y dailogar con su Dios o con su alma. (Aunque aquí cabe la duda de si es posible hablar con Dios o con el alma con los ojos cerrados; si hablar con Dios y nuestra alma no es también hablar con el mundo, tal vez de cara al cielo, pero siempre en la historia de las *formaciones sociales*.)

El arte de la verdad recibe a su receptor y lo involucra, pero así mismo va en su búsqueda (del sufriente viene y hacia él va). En su viaje se compromete con *lo público* y no con *lo privado* y aspira a ser legitimado por quienes son su primer razón de ser, sabiendo que para ello tendrá incluso que enfrentar y transgredir el orden vigente, su legalidad y sus valores, tan bien resumidos por Aristóteles: *la esclavitud es justa y los esclavos son necesarios*; y luego: *la justicia es la ley sin pasiones*.

## VIII

El arte de la verdad se presenta contestatario ante estos pensamientos, que desnudan la razón de ser histórica de la clase social en el poder y que hoy se prolongan en paradigmas maquillados, o simplemente en enunciados desnudos en su perversión.

Para nuestro arte, justicia es pasión en acción que humaniza con belleza la vida. Por ello deberá destruir, como condición de una creación superior, el sistema que necesita de la esclavitud y la pobreza.

He aquí otra cuestión: ¿en estas aguas, puede declararse neutral el arte sin ahogarse? Tenemos una certeza: la vida sin el arte no tiene sentido. O mejor: el arte le da sentido a la vida. O mejor aún: el arte es nuestra única certeza cuando se humilla la vida.

Tenemos una sospecha: que un poder al servicio del poder, a través de un *arte por el arte*, pueda sustituir desde la vida a la vida. (La vida fetichizada).

Tenemos una esperanza: que el arte de la verdad nos permita dar cuenta, con palabras limpias, sin temblor, de la última pregunta, la que vale:

*¿qué has hecho con la vida  
en el tiempo de la muerte,  
cuando los cuerpos devoraban a los cuerpos  
y las almas enterraban a las almas;  
o apenas fue un sueño que amabas la poesía  
como si fuera la niña de tus ojos  
en tus ojos sin lágrimas...?*

## IX

El arte de la verdad se plantea su relación con la política.

Nuestro punto de partida resulta directo: todo arte de una manera u otra es político. La diferencia está en que hay un arte político por acción y otro lo es por omisión. Que hay artistas que lo admiten y que trabajan desde esa realidad, y hay artistas que lo niegan y hasta lo reniegan.

El arte de la verdad entiende la *inocencia* del arte, pero *sospecha* (Nietzsche) de la inocencia de los artistas, en tanto apelan a la emoción pero también trabajan con la razón; nunca hay un delirio o una presencia total del inconsciente, siempre hay un momento donde la realidad se constituye en el desafío de la verdad.

El arte es movimiento: mueve conductas.

El arte es espacio: modifica el espacio previo de la realidad.

El arte es poder: genera un sistema de medida original (la estética), y desde allí lo que es ya no será.

En tanto agente de movimiento y espacio, en tanto poder, el arte encara su relación con las otras esferas de poder, consumidas hoy en la política.

Hablamos entonces de una relación en el campo de lo real, entre el arte y la política.

Hay un proceso de creación en el arte que comprende lo que se dice y cómo se dice, para quién se dice y por qué se dice. También hay una síntesis de estas tensiones y contradicciones, latentes y manifiestas, apolíneas y dionisiacas, eróticas y tanáticas, que permiten dar a luz la obra de arte.

Este discurso complejo del arte abarca múltiples planos de la realidad social, al operar sobre la subjetividad de seres concretos, de carne, hueso y sueños, unidos en la trama de la cultura por pura necesidad.

No hay arte sin artista que le de vida. Este artista, en cualquiera de sus manifestaciones, especialmente las públicas (y el arte es en esencia público, siempre hay un vínculo, amoroso o siniestro, con *el otro* y *lo otro*) queda incluido, históricamente, en los sistemas de organización y reproducción de la vida social.

El artista que anuncia la mañana es un ser de pasiones. De grandes pasiones alegres para redimir la tristeza y la pena, que rechaza la indiferencia y jamás obrará ajeno a las profundas conmociones de la vida, que lo involucran como totalidad en su tiempo histórico.

## X

Tampoco hay arte sin la obra de arte. Desde el momento de su aparición pública el poder la registra, toma contacto con ella.

Podrá despreciarla, pero sin mayores escrúpulos intentará sacarle rédito.

El poder articula su estrategia en el arte, frente a los efectos públicos de la obra y partir de la responsabilidad del artista, y en esa estrategia integra los estímulos, los premios, las críticas, la adjudicación de espacios y también los castigos. (Destruye, y cuando no puede, perverte, cambia de sentido el fenómeno artístico.)

El arte de la verdad en sus prácticas subversivas reconoce que el poder siempre pone en tensión lo peor y lo mejor de la criatura humana, y que el artista tiene el deber de estar alerta y en actitud crítica, aún en los escasos tiempos históricos en que el poder se humaniza. Las relaciones con el poder (como totalidad) se agravan, hasta tornarse insoportables, en un régimen autoritario y frente a estructuras como la del capitalismo en su faz cada vez más tardía y salvaje, que acentúa su esencia depredadora.



## Locura, pobreza y poesía

Hubo un tiempo en que el tiempo se hizo espacio y se hizo materia, y estalló en mil estrellas, y los cielos se separaron de la tierra, y el día de la noche, y se quebró esa unidad de músicas que hasta entonces eran el murmullo y el perfume del universo, el aliento absoluto que sostiene el vacío...

Hubo un tiempo en que los hombres se separaron de los hombres, los vivos de los muertos y el mañana de su ayer; fue en el mismo tiempo y en el mismo sentido y con igual espíritu, que la necesidad y el deseo se volvieron enemigos, y la pobreza y la riqueza tomaron conciencia de su contienda eterna: que ya no eran una misma materialidad armónica, sino la adversidad, la antinomia feroz, la tensión que usurpa la fraternidad y abre tajos que nunca cicatrizan, la hiedra que trepa sobre la vida; y el horror entonces clausuró las cabezas y llenó de agonía los corazones, que nunca recobrarían la inocencia. La poesía allí mismo inició su diálogo de nunca acabar con la muerte, porque la poesía es el principio que no tuvo un principio anterior, y la muerte es el fin sin más fin, que no puede pensarse en la razón, ni refutarse por fuera de su origen en el delirio. ¡Todo es agonía!

Hubo un tiempo, pasado el tiempo, en que la locura se presentó en el mundo para señalar con su dedo de fuego que era el único sentido del mundo, y apostrofó al susodicho mundo que mezclaba en su rostro el terror y la lujuria, y se plantó en el centro de la realidad con el ímpetu de una rosa y el sin pudor de un relámpago.

Hubo un tiempo, ivaya que tiempo!, en que la locura, después de abandonar la lengua de los dioses y poner todos sus pies, y también sus manos que lucían igual que cristales, sobre la tierra, decidió abrir la boca de cada criatura humana, para que las almas salieran de su prisión –un cuerpo tan ajeno de sí, tan humillado de sí–, y pudieran revelar a viva voz el mayor de sus secretos...

No bien se escuchó entre truenos y lluvias de cenizas que la riqueza convertía las lágrimas del amor en una piedra, sin fondo ni forma, pura atrocidad, y que la fe estaba obturada por el poder eclesial, y la razón apenas

Ante semejantes estructuras de inhumanidad que nos atormentan, pero mucho más nos desafían, porque no son naturales ni eternas, el arte de la verdad en la belleza no deja de ocupar su humilde lugar. Sus armas son simbólicas, nunca falsas. Y su humildad se potencia entre otras humildades, semejantes en *planificar dialécticamente la esperanza*, por más que nuestros dientes estén mellados.

### XI

Una cuestión a modo de final: si las reglas de la muerte ordenan hoy nuestras vidas, si cada momento profundo de la vida se pague con la muerte, si hasta la felicidad del inocente demanda la tristeza final en la mirada de otro, ¿qué más puede hacer un artista fuera de rebelarse y subvertir el orden del mundo?

Golpean en nuestra puerta.

era una excusa de la perversidad económica, la locura fue perseguida como un animal que depreda por depredar; acorralada y cazada la arrojaron sobre las llamas y al final, entre himnos y eructos, fue digerida por el estomago de hierro de una sociedad ya preparada con gigantesca paciencia, con prueba y error hasta el hartazgo, para vivir y reproducirse en la antropofagia, su real espacio, su última morada, tapando con la mano el estertor de las víctimas, como si la razón no fuera más que un sol de humo y de ácido que todo lo corrompe, que para siempre marchita... hasta hacer de la vida un tuétano atroz, el más estéril desierto de hielo.

Con el ímpetu y el desaforo de una estrella tan negra que todo lo enceguece, la locura conocerá en el hoy de hoy, a caballo de una muchedumbre que galopa en la ceguera, el peor de los destinos: ser un río sin orillas, viajar y viajar sin más puerto que la peste, sin otra misericordia que la visión temblorosa de un ángel que sonríe, muy fugaz, desde el corazón de un espejo, mientras la carne del viajero se convierte en agua y el alma en una luz sin consuelo, en una ansiedad inagotable de delirio, para seguir por ese río hasta la oscuridad que jamás decae, a la que nunca se llega, porque no hay imagen ni palabra que la represente...

Han quedado atrás y con nada de nostalgias los días que la locura hablaba del futuro en la cueva de la pitonisa, y tras un salto que unía el cielo con las bajuras increpaba a la Parca, que parecía una niña perdida en los pliegues sagrados de la luna...

Hoy la locura se arrastra por las calles de la pobreza, los zanjones de las villas miserias, las comisarías del conurbano y los patios de los hospicios en ruinas, donde la resignación puede ser la última puerta que se golpea y se abre cuando la pasión huye, antes que el cuerpo se venda por pedazos y el alma se entregue como cuota de desesperación a los perros, en los umbrales de la morgue, mientras la soledad de la muerte cruje...

La locura con miedos de pobre, con ojos de pobre abiertos a la tormenta traicionera de la pobreza, es una locura de *detritus*, es una locura que rumia el infinito, ha

perdido a sus ángeles y a sus héroes, y cuando el delirio se opaca, gasta sus brillos, enmudece en las escaleras del rosario que llevan al paraíso, sólo queda el hambre, la mierda del hambre que no llega a la blasfemia del hambre, porque el temblor de la boca débil tampoco se alza en el grito; es una locura que languidece sin furor, se escurre sin gloria por las alcantarillas... Apenas se asoman, como coletazos de una bestia en su ahogo, la angustia y la sed de luz, que tampoco cotizan alto en el infierno...y menos aún en la misa vespertina de los cantos gregorianos, cuando otra vez la soledad es un fantasma sin dientes ni piernas, que ronda y vigila. (La soledad de la locura es agria y es sucia, ya no tiene lágrimas; la pobreza le ha robado la dignidad; tampoco la belleza de las nubes la besa en su lecho; la locura ya no es la madre de dios sino una vieja mendiga que se envuelve en las sombras sin mañana; la locura ya no tiene un astro que duerme sobre sus ojos cerrados... la noche es apenas una circunstancia del crimen, la tapa que se atornilla en el féretro...)

En los días del olvido, cuando la poseía huye de nuestras bocas, porque las bocas no son más que la guarida de la monstruosidad, el chiquero donde los cerdos relamen sus tesoros, no sólo la locura arrastra los ecos de los gruñidos hacia la plaza mayor, y pule la máscara social que protege la identidad del real poder, su vocación de placer escarbando en las hendiduras de la sumisión; también la pobreza, como espacio saturado de dolor, que teje y entreteje los vacíos de la historia, cubre por igual de apariencias –con estadísticas, nomenclaturas, porcentajes, diagnósticos, protocolos y leyes– las esencias aterradoras, desnudas de tan aterradoras, y aterradoras de tan esenciales, de la verdad de la muerte ungida como *solución final* ante las encrucijadas sin solución de la vida de todos los días, en tanto vida condenada a no ser ya la vida, en la desmesura de su numerosidad, sino apenas lenguaje de padecimiento, sacrificio y tortura, donde no tienen espacio los vínculos sagrados ni los objetos del amor. Dicho de otra forma: locura y pobreza son flores en el altar de la razón como poder, de la mercancía como estructura deseante; son la misma verdad de una única muerte, en la necesidad con que el poder falsea la vida; locura y pobreza son caballo y jinete al galope raudo y sin frontera sobre las praderas de la agonía, en un tiempo en que las sociedades se atragantan de sí mismas, porque todo se devora y se vomita en las grandes hambrunas, cuando ya no hay oído para las músicas celestes y la poesía es colgada para escarnio de la belleza, en un farol de una plaza de extramuros... Ah, poesía, dulzura agotada antes de nacer para el recuerdo y las ansias de lo que pudo ser y no fue, trofeo inútil de una muerte que sigue siendo, aún sin deseo, harta de sí, la única realidad de nuestro tiempo, la ley de la eficacia y lo posible...

Sobre las ruinas del pensamiento, tras las visiones pisoteadas y orladas de sangre hasta convertirse en tufo, en aliento de los demonios; rompiendo a martillazos el cuerpo para extraerles las piedras de la locura, las rocas de la locura, las montañas con sus lavas de la locura, el cuerpo y todo el universo del cuerpo se alzan como catedrales nocturnas para recibir las ofrendas del dolor humano. El dolor humano es un viento y el cuerpo es la casa que hospeda el viento, y la locura será así la sustancia del viento... (¡Sopla! ¡Sopla! ¡Que lo que no es sopro es reliquia maldita...!).

Se hablará entonces, mientras se amontonan los últimos residuos de los quejidos, de los *trastornos narcisistas de la personalidad*, y el cuerpo de la locura será exhibido en la galería de la criminalidad, con su prontuario milagroso y su delirio sobre una mesa de oro, con la cabeza apoyada en un almohada de diamantes negros, que en realidad son el hígado de un dios venenoso.

Se hablará a boca de jarro de la agresión, como abrupto dirigido de la violencia; se traerán al ruedo la anomia moral, la vagancia crónica, la ebriedad consuetudinaria, el deambular sin ton ni son...; la palabra que enuncia las categorías de las ciencias sociales como si fueran las Tablas del Pecado es ahora la llave que abre el portón de la disciplina y el castigo (sea la cárcel o el manicomio), y allí, en la oscuridad fúnebre de la dormidera sin nubes ni sueños, aparece la imagen ayer fulgurante y hoy apagada del loco, que es igual a pobre y es igual a criminal y es igual a lengua devoradora en el instante eterno...

Se dirá: hay una *conducta insana*, notorias inferioridades psicopáticas; hay perversidad crónica y natural, incapacidad para la culpa y el amor; hay un demiurgo que arrastra por los cielos y por las tierras el peligro social... Lo que no baja del firmamento ni sube desde el averno es la palabra justa para el dolor de la verdad, el dolor como espacio absoluto de ese cuerpo humano que el Poder humano rechaza como espejo de sí, castra como parte de sí, porque nadie soporta ser la sombra material de su alma...

*El cuerpo humano es un agujero que no termina de cerrarse a causa del dolor...*

*El cuerpo humano navega en los torbellinos de su sangre hasta volverse ausencia, pérdida, estertor, vacío sin mácula para el ataúd o el lecho de quien nunca nació...*

*Ese cuerpo humano muestra los hilos rotos de su pasado y ahoga su destino y representa su historia como si fuera un enigma que traduce los ruidos de la furia con que la muerte despide el nacimiento de la muerte en el camino que va del susurro hacia el silencio... (¡Oh, terror de la quietud...! ¡Espasmo! ¡Espasmo!)*

Mientras los llantos y los odios de la pobreza resuenan como relámpagos de piedras sobre los dientes de Dios, y la sangre del crimen de cada día en su mansedumbre nocturna, se escurre entre las arenas temblorosas de los cielos, tan azules, tan limpios, tan serenos, como nunca bellos, como nunca en las glorias de la belleza...

Mientras la pobreza construye ladrillo a ladrillo, ladrido a ladrido, espanto sobre espanto, agonía en la agonía, cicatriz contra cicatriz, hambre en el vientre del hambre, violación tras el gemido ahogado de la violación, la locura de nuestro tiempo, la locura sin principio y sin final vivida como pesadilla de la muerte, deja sobre nuestras frentes hasta su última gota de mortífero rocío...

Mientras la locura en la cabeza en ruinas; en el pensamiento, la lengua y la conciencia de la pobreza en ruinas, levanta los castillos de la riqueza, las iglesias de la riqueza y hasta reverencia la divinidad, y por las buenas o por las malas la quiere para sí, para estar allí, para sentirse como en la gloria de la tierra y de los cielos allí...

Y mientras los sufrientes del sacrificio, con sus cruces a cuestras, se estremecen más que de frío; y mientras sus niños, en la primera línea de espanto y de fuego, maldicen con la ferocidad propia de los ángeles de la muerte, que son los ángeles de un tiempo donde toda la vida se convirtió en un infierno en nombre de la propiedad y de la acumulación del capital; mientras ocurre todo ello y el corazón explota, cómo no interrogarnos sobre la razón y sinrazón, sobre el sentido y sinsentido

de estos días que penamos como si no hubiéramos nacido para otra cosa que las pasiones tristes...

Mientras la vida soñada como vida se aleja de nuestras almas, y sabemos que se aleja y no volverá, ¿podemos, aún así, dejar de interrogarnos...? ...¿o acaso no sentimos como verdad que al interrogarnos sobre la existencia y producción del horror humano, no comienza a tambalearse, al menos por un instante, y apenas en nuestra propia alma, más allá de los cansancios y la nueva fragilidad, el imperio del Poder en la historia como naturaleza incuestionable y absoluta, que cerró nuestros ojos y ató nuestras manos al destino del horror...?

Frente a la desmesura de la crueldad y del espanto, ante esta realidad social de la que somos hacedores y parte con los labios cerrados, y que nos hunde en los pantanos de la pesadilla, igual que pájaros de alas quebradas; en éste sálvese quien pueda, donde también cae la bestia más fuerte, y cuyo símbolo más atroz es el niño que mata para que lo veamos vivo, aunque más no sea en la criminalidad del niño que no fue, por más que sue-

ne ante la perfección de los actos como un puro acto del mal sin redención, y después de estrellarnos la cabeza una y mil veces contra la pared que nos encierra, ¿no es justo y necesario arrimar quietud, demora y silencio, y escuchar por un instante las proclamas de la vida como postrer respuesta de amor, como anhelo de gloria para recibir la mirada del otro, ese otro que en su oscuridad y en su gracia nos ilumina...?; ¿seremos capaces todavía de sentir, boca a boca, que en los espejos del alma aún anida la belleza, y que de la mano que se abre con fraternidad al mundo surge el consuelo, también ante el desconsuelo sin límites de la finitud...?; ¿y si de allí en más le ganamos al mar del estruendo y del vacío un espacio –humilde, fugaz...– para escuchar con inédita pasión de alegría las antiguas músicas de la inocencia, cuando el cuerpo del otro era nuestro cuerpo, las llamas del universo nuestro fuego...?; ¿no son humanas esas nubes que pasan sin miedo del ocaso?; ¿y esos ojos que nos alientan, interrogan y desafían, no están todavía llenos de la divina agua de la poesía...?

# *La cuestión estética y preludios sobre la belleza en un tiempo cruel*

## **I. Legitimidad y urgencia del arte**

El espíritu de la época se obstina con su realidad: para que los actos del mal ocurran también se precisa de una estética, sea que los cuerpos del martirio social se arrojen a las aguas, se profanen en un basurero o se humillen por Thánatos en el medio de la calle.

De allí que se agudice la dictadura del pensamiento que impone a palos la finitud opacada de la historia y el abandono de los grandes relatos, que anticipan y resguardan las epopeyas de la criatura humana. La contracara triunfante es un obscuro estilo de vida, que deviene, entre otras cosas, en la hipocresía reluciente del artista adaptado (o castrado), que se pavonea en los bordes de la angustia ante la crueldad del mundo, pero no deja de reproducirlo, con una complicidad que linda la perversión, mientras se lame su dorado ombligo con aires de Don Juan, y engendra la inexorable confusión de la belleza con la muerte, sea literal o metafórica, siempre de "buenos modales", aún cuando lave su lengua en un campo clandestino o en un burdel.

Urgido por el pudor del naufragio que sobrevive al naufragio, conscientes del privilegio de integrar el discurso de resistencia social y a la par romántico del arte (o sea: sobre el escenario de las Masacres del Poder –expuestas o veladas, jamás asumidas– pulsar la cuerda amorosa que sublima las tristezas y las pérdidas del alma, y despreciar la conversión de la belleza en mercancía de éxito, jugando la partida de ser en la existencia a todo o nada), alegamos con más precariedad que certeza por la necesidad de la verdad –histórica y social– en el proceso de construcción de la belleza, como esencia e inmanencia de la vida, en una época donde la ferocidad del

poder aviva la muchedumbre cotidiana de desgracias.

Se trata de la decisión, profundísima, de instalar una génesis contestataria de la belleza (véase una sombra dionisiaca a contrapié del orden apolíneo), en su convulsión dialéctica. Una belleza de la sospecha para la verdad, el peligro como estética y la desesperación nutriendo la ética final, que se alza sobre la experiencia dolida o feliz del otro, experiencia que sentimos como propia y así la revivimos, siempre apasionados.

Una belleza marcada con hierro en las montañas de la libido, que condena la mansedumbre del buey, orina sobre el lecho donde la paz duerme en los brazos del esclavo e interroga sobre el sufrimiento del sufriente. Una belleza que ata y desata, que mueve y conmueve, que se vale de los balbuceos y los silencios, la ira y los rezos hasta consumir el grito que demuela. (La serenidad y la contemplación se dejan para los muertos en el fin de la contienda.)

De una voluntad por develar los pliegues de la realidad, que fue lírica, y que hoy sin renegar de los celestes del cielo se asume apostrófica (como el piso del chiquero perlado de sangre y excrementos, que espanta a los ángeles de la pesadilla, y que el poder nos desafía a transitar), nacen los *cantos de pasión por la belleza*, siempre agitada, estremecida, en su vastedad de géneros y en su multiplicidad dramática; son su aurora.

Pasión por la belleza, eterna en su origen, y más que agónica, liberadora, en tanto no ceda el combate entre la luz y las tinieblas y aceptemos ser fieles como artistas a una exaltada poética de la existencia, que no admite dudas ni titubeos: obliga a quemar las naves.

A caballo de las visiones, las imaginaciones y las ex-

perencias en la misma vida (en lo irrenunciable de esa vida, en lo que no se representa ni delega), hablamos de una *ansiedad de luz*, entendida como *razón poética*, y de una praxis tan redentora como subversiva, que no renuncia, en la urgente necesidad del que se ahoga, a castrar las manos del verdugo. Paroxismo de la conciencia, belleza al fin, frente a la oscuridad profunda –tan cruel como pertinaz, la impía– con que la muerte, en las fronteras del olvido, disfraza nuestro tiempo ante las almas extraviadas por el mismísimo dolor...

*...Cada mañana la mañana / pálida y aún frágil / abre los ojos de la mañana que espera...*

## 2. Los preludios a la belleza

### Primer preludio

El universo es una diáspora de finitudes y es un concierto de silencios; diríase un espasmo de azahares con pétalos de luz en el inicio y en el fin. El universo es materia de suspiros que estremecen, que mueven el aire y besan sin pudor los pies de la belleza.

La belleza se pavonea a sus anchas entre las nubes, se siente feliz, se sabe alagada y las nubes sin origen no dejan de latir, igual que una brizna del estío, perpetua en el vaivén de los brazos que la abrazan...

La belleza, inmaculada y gemida estuvo en el principio, fue el motor que mueve a las nubes, sigilosas, presurosas, puro páramo que desechó el abrigo, vacío de las palabras, sombras del signo... La belleza fue un regocijo celeste y nos reúne; la belleza púrpura nos ilumina, allí lejos, en el espacio sagrado donde los ojos renacen... Nunca habrá oscuridad en el paraíso perdido...

Sin la belleza –he ahí el cielo y he ahí las nubes– no existiría el alma humana. La belleza es el sustento del alma, también su testimonio... Más aún: el alma humana (o sea: el alma en su cuerpo, no el alma en el alma, no el alma en la naturaleza, no el alma en los dioses y en sus ángeles), es un alma que existe para que exista la belleza, para que no se derrumben, inútiles en su soledad, los cielos y sus nubes.

Sí, hay un alma que responde a la necesidad de la belleza, como hay una belleza en las nubes y en el cielo (ese cielo que nace cuando cerramos los ojos, penosos de tanta pena en la tierra), que da sentido a la vida y poesía más que azar al universo...

¿Cómo, entonces, esa liviandad de la razón mientras se separan las almas y los cuerpos, tan rápidos como las yeguas en celo, sobre las pampas del verano? ¿No se envilece así el cuerpo y agoniza el alma en los vacíos tormentosos de su vacío yermo, sin oportunidad de belleza?

¿Hablar del alma humana como espacio de la belleza en el orden de lo real, cuando lo humano del alma es una totalidad destruida hasta el hartazgo, fragmentada y lastimada como ese polvillo celeste, esa incandescente gracia de los astros moribundos que devora la noche jamás saciada en la vastedad del infierno?

¿Quién recuerda, ahora que la luz manchada de una tarde hostil se agita, el comienzo y las razones de esta historia sin tiempo, en cruel y obstinada naturaleza de perversión que vivimos y reproducimos, como si tan sólo fuera una partitura que espera a un ángel para que pulse la lira? ¿Quién memora, cuando la noche arriba entre bocanadas rancias de humo y de sangre, el rosario de martirios y vejámenes que huelen a eternidad, igual que una peste, con la mayor parte de la humanidad sufriendo la maldita sed y el maldito hambre, navegando en la nave de los poseídos por los ríos sin agua, sin peces, sin belleza? ¿O no hay una humanidad obligada a sobrevivir fuera de sí y de la humana belleza, porque el cuerpo tampoco ya es humano, sacrificado en los basurales,

convertido en estatua de sal entre los páramos oscuros, donde jamás alumbra la estrella de la mañana y hasta la belleza misma es una pasión de tristeza, más que triste, lúgubre, más que lúgubre, cayendo como lluvia de ácido sobre la desnudez sin límites de la desnuda pobreza...?

Oh, sí, miremos, quizás extenuados, quizás aterrados, pero miremos –por días, por años, por siglos– a una muchedumbre en el desvarío y en esa soledad que anida en la soledad quejada de los cuerpos más que ajenos, enemigos... Una muchedumbre en la desesperación y en el dolor, petrificada –con brutalidad, con alevosía...– en la agonía perpetua del peor de los exilios... Extravío y pesadilla del destierro que pagan y pagarán con usura los cuerpos; fuera de sí, tan lejos de su alma; fuera de sí, tan lejos de la belleza; fuera de sí, tan lejos de la vida, como si solo la vida viviera en la muerte...

Como escritura en ese cielo que se eleva desde el último cielo; como escritura en esas nubes donde llora perdida nuestra muerte, podremos leer: la belleza será de todos, o lo humano de la belleza jamás sucederá.

### Segundo preludio

Los antiguos dioses –esos dioses que comían en las mesas de los hombres– nos legaron la posibilidad: que la belleza diera rostro y pusiera palabra a lo más profundo de la desesperación en el viaje sin navío de la vida.

Así arrimaron a nuestras bocas, para siempre, uno a uno, todos los granos de arena de un desierto atroz: el alma humana. (Espacio de la angustia, música para la agonía...)

También urdieron un desafío, que sigue vigente: ¿Cómo gritar, cuando el dolor excede los límites del cuerpo, sin destruir el silencio que da sentido a la vida...? ¿Cómo resucitar la vida sin pasar por la muerte, que quita en vida el sentido de la existencia...? ¿Cómo conocer la luz sin mácula del cielo, y el paso de danza de esas nubes siempre niñas, si las imágenes murieron en el inicio de la evocación, envenenadas de ira por la ausencia del amor...?

De allí en más la soga queda tensa., muestra sus manchas moradas... De allí en más la paradoja enseña su mascarada cruel: la soga que levanta la mano que acaricia, es la misma soga que golpea de la mano del amo sobre el cuerpo del esclavo; que merece serlo porque no tiene alma, que no tiene alma –le dicen– porque desconoce la belleza, esa belleza que nace entre los sueños, esos sueños que el cuerpo humillado por los golpes ya no podrá tener, porque el sueño del esclavo es cortar la soga que lo anuda y atarla, crudamente, en el cuello de su amo, hasta que llegue la noche y después el día...

De allí en más: ¿Queda belleza para la alegría, o ya no habrá alegría ni belleza? ¿Los cielos de la belleza fueron sepultados por las tierras del dolor? ¿Las nubes de la alegría fueron ahuyentadas por los vientos de la justicia, mientras la justicia abría sus ojos para llorar?

¿Quién devolverá a los cuerpos sin alma, saqueados en su alma y en la alegría, la belleza que ya no fue belleza cuando debió ser...?

### Tercer preludio

Hoy sabemos, sin saberlo acaso más allá de la espuma liviana que alzan los ríos del dolor, que todas las cuestiones de belleza, las mínimas y las mayores, en el fulgor o en la sombra, las endebles y las férreas, las que queman y las que apagan, nos envían raudamente –en tanto crisis de conocimiento y ansiedad de resolución– hacia un ser, una criatura humana donde nace y donde muere en perpetua continuidad la belleza; belleza como cuestión única e irreplicable, monada de las monadas si

es que existe la perfección del universo.

Se trata aquí de una criatura humana que boga tras un destino, movida por los vientos del drama, atrapada en las redes de la tragedia, que en postrer esfuerzo trepa, o sueña que trepa –tanto da, también es materialidad el sueño– hacia la cima del laberinto...

Se trata de una criatura humana que en la razón y la sinrazón, desde el sentimiento o a caballo de la idea primigenia, sólo atina, en su desesperación por develar la verdad de la belleza, a pedir socorro a la misma belleza. ¡Desnúdate ante mí!; pareciera rogar, pareciera exigir.

Moviendo las hendijas de nuestro espíritu vemos, tras la línea de horizonte donde fallece el mar, a la criatura humana, al ser de la desolación de pie frente al cielo, por toda apariencia quieto, en tanto silencio callado, ante semejante luz enceguecido, como si él también fuera una piedra que encierra en un alto agujero el movimiento sin fin, y que después de contar con los dedos todas las nubes rosadas, despiertas con el alba –una tras otra, despiertas–, extasiado ante un orden de lo sublime que lo excede, cierra sus ojos igual que el infinito, y se expande en la noche hasta que la noche lo envuelve, y protegido en el misterio, fundido en el hierro crepitante del misterio, saca a luz su alma, como si su alma fuera un sol...

Hoy sabemos, en el desafío que brota de las angustias sabemos, decidimos saber –precarios, temerosos, igual a los tumbos dispuestos–, que aún los seres angélicos, que tienen por usos y costumbres los actos declarados del bien, sólo pueden sacar a luz el alma cuando la comunión de todas las almas ocurre, cuando cada ser se regocija en el amor de otro ser. (Aún si el otro ser, por momentos turbios, alza un cuchillo, como si fuera la primera estrella de la perfectísima bóveda, así de inocente en su desvarío, así de poseído por un amor del otro que no entiende, por una belleza celeste que no da respiro...).

Hoy sabemos que cada cuerpo merece, luminoso, sudado, erguido tras la dura faena de la suya creación, convertirse en la digna casa de su alma. Ocurrirá cuando todas las almas dueñas de su alma, y por tanto poseídas por el esplendor sin bordes de la poesía, elijan el mundo de la belleza; belleza como el bien supremo, finalidad de sí y en sí, destino del cielo en el vértigo de la tierra, primacía de las nubes andantes en el tropel de nuestra emociones; belleza para que cada criatura humana por igual pueda reír sin migas de temor, corrido de las penumbras que lo ahogan, como ahoga una luna de sangre.

Belleza del reír; ¡oh, sí!, belleza apasionada en la alegría que subvierte el orden y la quietud de todas las muertes, una a una todas las perfectísimas muertes. Belleza crispada y convulsiva del amor y del reír; ¡oh, sí, reír! del feo rostro de la muy arpía señora, ese ilustre desconocida de labios tan fríos, tan vacíos... Condenada por la belleza del cielo, por el dulce andar de fiesta de las nubes, a reptar y reptar en las mismísimas cloacas de la ciudad... (¿O acaso la muerte conocerá el vaivén que conocimos en el vientre de nuestra madre, tendrá el rostro que gritaba en nuestro nacimiento, así como sucedió en el sueño del espanto sin fin...?)

#### Cuarto preludio

Mientras la belleza ocurre en las planicies del cielo, aquí cerca a ras del suelo, más que torpes las manos ciegas palpan la noche y se horrorizan...

Aquí, fas a fas, respirando cenizas, ya nadie habla de la belleza –sin violentar el alma de la belleza– con alegría y desenfado... Las nubes se alejan, arrastrando las lluvias, y su brillo se opaca entre músicas agoreras, perseguidas por los gruesos ladridos de extramuros...

Aquí, con los pies en la tierra –puro tufo de fango en el ahogo–, visiblemente desolados, hablamos de la

muerte en el inicio de la vida, cuando la inocencia no tiene historia ni escritura, tan leve como el vuelo de la pluma del cisne, apenas agua de bautismo agazapada sobre la frente limpia... ¡Ah, inocencia de niños!, tan anterior, tan perdida, sin conocer la piedad, sin mover el destino, mientras el oleaje que va ya no regresa: sólo quedan las gemas del sueño de lo que fuera el reino de la belleza, entre las arenillas de la pesadilla...

Aquí, en la ciudad donde el oro y el dolo van de la mano (mordiéndolo la mano), mientras el dolor y el lodo también se empardan, ausente, más que pálida y degradada la belleza, con su penacho de nubes, con sus brazos de escarcha, y presentes a borbotones los niños de la pobreza en el martirio de la vida y en el sopor agrio de las villas (isobre el oro polvoriento de la tarde se amontonan sus caras y sus almas!), descubrimos, subiendo a duras penas los médanos altos, que la perfección de los rojos del ocaso ya no sirven de consuelo; tampoco redimen las penas, cuando la conciencia arde en la ciudad pasada de agua, pasada de dolor, pasada de muerte...

Por encima de los olorosos tilos y los ásperos pinares; por arriba de una maraña de cables clandestinos, de usuras pontificadas; más allá de los carteles luminosos que desnudan en la procacidad de su lujo y de su fiesta de mercado la precariedad sin gozo ni deseo de la miseria; por fuera y bajo fondo de los techos de chapas, rotos, siempre rotos, groseros y piadosos de tan rotos, sostenidos ante el viento por gomas ya quemadas, por piedras ya arrojadas, y por cuanto cosa sea que remita a la fealdad extrema de la miseria extrema (¡sí, basta de ensuciarnos la boca con verdades de medio pelo: en la miseria no hay belleza!); sin que medien dioses, ni ángeles, ni héroes victoriosos, podemos ver (¡abran los ojos y vean!), desnudo, ¡atroz de desnudo!, que el pecho pobre/de la madre pobre/junto al hijo pobre/de llanto pobre/, es todavía la pública señal que clama vida en el orden arrasado del universo. (¡Oh, sumisa precariedad!, ¡puerca paciencia...!) Aún así, irreductible, mientras todo se cae a pedazos, la noche duerme en la ciudad, ajena y sin belleza...

Aquí, arrasados de recuerdos, pálidos bajo el cielo que titila, tras un fuego convertido en puro fuego, y ante tal fuego más que ciegos, vemos a la muerte atroz del hambre que vela y espera a las criaturas sin nubes, sin cielos, sin clemencias, sin auras... Esa muerte que extiende su bienvenida en las puertas del mismísimo infierno; ese infierno que alguien llama humanidad y no es mucho más que el último sudor de los muertos...

¡Ya entrarán allí!, parece decir la antigua voz de los dioses sin añoranzas. Esa voz sin malicia, puro espanto, que en el final solloza, quebrada, igual que un espejo cuando descubre las sombras, esas sombras que despiden los restos de la belleza...

Ya no hay luz ni silencio y a bocanadas se ahoga la soledad... También ahogada duerme la belleza en su propio rocío...

Los dioses yacen en el olvido con sus pies helados. Ya nadie recuerda que alguna vez nos besaron en la frente los ángeles, mientras soñábamos con la eternidad en el lecho de la belleza...

#### Post Scriptum

*Ahí tienes, toda la noche y las soberbias sombras ante tus ojos... ¿Es en realidad la noche lo que buscas; es la música sin piedad de las sombras que se amontonan y te persiguen lo que anhelas, como si allí pudieras descubrir un trébol de cuatro hojas que calme tu corazón, agitado como los trenes a vapor de tu niñez? Debes saberlo: las negruras del firmamento son las almas*

muertas, almas que no supieron de la piedad y menos de la belleza... ¿O acaso dudas que el sufrimiento del que nada tiene reniega a mordiscones de la belleza?

Mira otra vez el cielo, ha cambiado de repente y sin presagios, igual que un viento de mar. Las pequeñas luces que titilan y se alejan – sí, suavemente titilan y suavemente se alejan–, son las almas que esperan por nacer... Hay murmullos que lo anuncian... Ese rocío, tan leve, puede ser un adelanto de una mayor dicha, un arrullo... ¿Recuerdas cuando te estremecía la belleza..., no sofocaste por pudor más de una lágrima...?

Has vuelto a caminar por los suburbios más extre-

mos, donde camina la pobreza, donde se amontonan las vísperas del mal morir, porque el hoy viene del ayer, y ayer también fueron las vísperas del mal morir... Nadie te pidió que vinieras, pero sos un hombre que envejece y aún quiere saber cómo alumbran las estrellas en la noche pobre de la pobreza... ¿O son los labios de la belleza los que tú buscas y besas, mientras la desesperación abre tu boca...? Recuerdas que tu madre te decía: las flores son para los muertos, ellos están solos, más que tristes... Deja que el silencio te acompañe. La noche de la pobreza no admite respiros...

## Paradojas en los derechos humanos. Sobre la dignidad de la vida, la pobreza y el socorro de la tierra

Ante nuestros ojos un tiempo de dramáticas contradicciones, y crueles y abundantes paradojas, donde la conciencia crece y retrocede a saltos de gigante, movida por el horror más que por el amor y las *pasiones alegres*.

Un tiempo de brillos inocentes, como la piel de los ángeles, y filoso y sin piedad, en los límites de lo siniestro, como la cuchilla de un carnicero.

Hablo de un tiempo cercano, un siglo que se continúa y aún retumba en sus luces y en su estertor con bombardeos a ciudades abiertas, guerras de balloneta a balloneta, de laser a laser, donde millones de cuerpos se pudren tan rápido en el olvido que ni siquiera la hierba bajo la lluvia alcanza par cubrirlos con pudor.

Hablo de un tiempo de tanta crueldad y en extremo vacío de sentido, que enterró a la razón con sus dioses, pero a la par gestó, en su último aliento, a un renovado mito: *los derechos humanos*.

O sea: desde las fosas, crematorios y campos de exterminio, públicos o clandestinos, en los espacios sin consuelo para los aparecidos y desaparecidos, sobre los escombros de una civilización que se arrogó un destino de progreso continuo y a caballo de su gloria cabalgó hasta el genocidio, fue elevada, como epopeya romántica que entierra el pasado, una declaración de las Naciones para la defensa de la vida. (Urbi et Orbi)

Otra vez la paradoja: el discurso de la dignidad humana, en los umbrales de la destrucción final; palabras y palabras de un *todo para todos*, sin cuerpos a la vista.

No hubo ni hay una realidad de vínculos amorosos. Los muertos siguen siendo muertos sin causa y la pulsión de poder mueve todavía la boca del monstruo que da las ordenes.

Junto a ello, agudizando la herida del pensamiento humanístico, hasta volverla crónica, mortal, otros millones de seres vivos, los que más necesitan del socorro de la vida, cruzan los desiertos y los mares del infortunio, encadenados a la crueldad de sus días, tan lejos del centro del poder como del disfrute de los bienes civilizado-

rios que por simple presencia en el mundo les corresponde, excludos de toda propiedad que no sea las migajas de su propio cuerpo, su delirio, o un sueño redentorio, donde la violencia que siempre los alcanza se alterna con una pasividad que raya con la desmesura...

Hablo de seres reales, arrojados de sí, de almas que memoran la inocencia, con rostro, historia y apellido, pisoteados en su apocalipsis cotidiano por las bestias de las nuevas pestes y las viejas hambrunas. Mortificados por técnicas y ciencias más poderosas que las magias primigenias, y más crueles, ya que tampoco se comprenden sus himnos y sus ritos.

La exclusión de lo esencial (y por tan humano de necesidad comprensible) y la castración de la potencia decisoria del condenado social, se convierten en un absoluto nefando, *el crimen de la pobreza*, que trastoca en papiros de muerte lo que quiso ser lengua para la dignidad de la vida.

Más allá del discurso - profético, ético y estético -, que abunda en valiosos testimonios, no hemos salido, como humanidad en su conjunto, del *Tiempo de los asesinos*, al decir de Arthur Rimbaud.

Si bien los crímenes de las guerras y el Terrorismo de Estado ocurren, al menos en apariencia, en menor escala (aunque igual, como oprobio para la conciencia), se suma hoy otro flagelo, que no deja de crecer, otra forma social del espanto universal: el *crimen de la pobreza*.

No hay aquí la ira de un Dios, el azar o la ciega naturaleza. Hay economía y hay política.

Se ha construido y de variada manera convalidado, por encima de las contradicciones -que incluyen epopeyas de resistencia-, un espacio público como representación trágica del destino del hombre y un tipo de sociedad de voracidad antropofágica, con la usura y el consumo convertidos en motor de las conductas, donde la reproducción material de la existencia sólo se practica y se comprende, precisamente, a partir del *Crimen de la pobreza*.

Sin ocultamientos, puesto al desnudo, el núcleo de fuerza de semejante horror (son millones las víctimas), es la *necesidad de la riqueza*, ungida como el *bien moral* de la época y una *finalidad en sí*, que externa la *ley del mercado*.

El hombre que por deseo, intereses, miedo o debilidad, o desde una perspectiva ideológica se representa en el Poder, y que perdido de sí se protege de sí, martirizando a los otros en nombre de la riqueza, es un ser de creciente angustia, de obstinada neurosis, pero la angustia y las enfermedades de su espíritu no lo exculpan ni redimen. Estamos ante un crimen de *lesa humanidad*, de continuidad y permanencia, tan forzada como alevosa, que sólo se extingue con la muerte de la víctima, o desde la muerte, como totalidad, de la pobreza.

Igual que los cuervos ante la carroña, aparecen líneas de fuga, que a veces mueven los surcos de las demencias: si la riqueza puede apropiarse de la vida, que se corrompe como cuerpo, igual puede ser dueña de la muerte, que también sucumbe ante el poder (allí están en el pasado las indulgencias, el mercadeo de pubis para el demonio, las llamas poseyendo las brujas y otras formas que develan, más que el ansia, de Dios los terrores de la finitud...)

Pero no anida en lo ilusorio, ni cobra aliento en fugas al inconsciente, la castidad o la locura, la forma habitual con que el poder legaliza hoy los hechos, en especial los cruentos: se trata de la defensa rigurosa de la propiedad privada, vista como ejercicio concreto y sin límites de la libertad del sujeto.

No importa si para ello se pone en riesgo, por el uso de armas tan letales que superan la imaginación, o por la rigurosidad del saqueo económico, la totalidad del espacio donde transcurre la vida.

Igual se desdeña la noción del ayer y del mañana, y se vive en un presente continuo, al estilo de las hordas, sin conciencia de las herencias de vida común y del deber de trasladarlas a las próximas generaciones, como los fuegos de Prometeo. Menos todavía se tendrá en cuenta, y en este contexto resulta más evidente, si la riqueza, la propiedad, la libertad, se contradicen con la posibilidad de existencia en dignidad de ese otro: un *perdedor* ante las fuerzas históricamente acumuladas para su perdición, un *débil* desde el nacimiento, un *ajeno a mí*, porque su dolor y sus impotencia lo enajenaron de sí.

En definitiva, se trata de un pobre de toda pobreza, esa víctima que otra vez se victimiza como único y extremo responsable de sus desgracias. Esa pobreza, que como nueva y nauseabunda peste, lo excluye del mundo y lo niega para siempre como ser creador. Más todavía: lo potencia en su devenida peligrosidad criminal, que incluso se trata como *terrorismo*.

Se justifique desde el poder, o se denuncie desde una visión humanística, la historia enseña que lo más atroz y lo más privilegiado de la existencia pueden compartir un tiempo y un espacio, hasta que la contradicción estalla y el mal del mundo se agudiza.

También es real que en tanto muerte de lo esencial humano en manos de la propia humanidad, comprometiéndolo a una muchedumbre de víctimas y victimarios que se reproducen mutuamente, al *crimen de la pobreza* es una marca en los cuerpos, los cielos y la tierra, y nomina la época.

El sistema económico como creación de la cultura y ejercicio material del poder tiene consecuencias normativas: jurídicas, morales, religiosas y sin duda estéticas.

También construye su lógica de supervivencia, que instituye el *crimen de la pobreza*, justifica su comisión, lo excluye del *mal hacer* penado y cobra sus primeras

víctimas en los cuerpos dominados, con secuelas mortificantes según el grado de sujeción y exclusión. Para ello los naturaliza como eternos deudores, almas pecadoras que nunca terminan de expiar, y deben agradecer, ya que en un principio fueron seres sin alma, como las bestias, o almas primitivas, como los niños.

El sistema económico no se detiene allí. La naturaleza de su funcionamiento desde la acumulación, y la raíz depredatoria con que sostiene el valor de cambio en reemplazo del valor originario de las cosas, lo arrojan cada vez más a la destrucción del planeta. Ya no hay un error a corregir desde el propio sistema, ni se trata de una *secuela* no deseada. Satisfacer la *necesidad de riqueza* y el consumo acelerado con que se sostiene, lleva más que a una paradoja a una encrucijada. Hay una máquina enloquecida por el uso y el abuso, que con la paralización deja de ser, y si no se paraliza extingue la vida en su totalidad.

Nos hemos sumergido en una realidad privada de amarres, donde se profana, sin piedad ni conciencia, la tumba de los hombres, que es el vientre de la Tierra. (!Y se trata de una Diosa, madre del bien, que no puede crearse otra vez a sí, y por tanto dar a luz nuevamente a la criatura humana...!)

El peligro es que el hombre, así como no puede en esencia representar su muerte (su representación es una apariencia, el inconsciente aparece como muro infranqueable, y su deseo es un exceso de dolor que lo enloquece), tampoco se representa en toda su magnitud la muerte de la Tierra. La vive como eterna, en tanto prolongación de sí y de su poder ilimitado. Y no es así.

La vida del hombre es la vida de la Tierra, y se extingue, opacada, sin gloria, con humillación, en una época donde la justicia es apenas ley, la ley nada más que poder y el poder aterra a la belleza, escondida en los ojos de un ángel de la guarda, que poco guarda a esa niña que agoniza en el terror de su hambruna..., mientras su foto aparece, amarilla y descarnada, en una página del diario, que muestra en las otras páginas la obscenidad de la riqueza. (De allí en más las categorías humanas pierden el sentido...).

El *crimen de la pobreza* y la necesidad perversa de la riqueza se confunden hasta el hartazgo y se sostienen mutuamente, en cruel paradoja, para humillar a la vida. Hablamos del hombre, en su gozo y su calvario, como fruto del crimen, y de la Tierra, de su origen como verbo y de su existencia amenazada hasta el silencio.

Hablamos del inicio de la vida: lo que está detrás de todo, más allá de la oscuridad de la nada, sin relámpagos...

Hablamos, como los antiguos, del agua, como materia de amor, que brota en los cuerpos y en las almas, y está en la Tierra, como sustancia que sostiene cada una de las pasiones.

Pero esa niña que agoniza, y una multitud clamorosa de niñas y niños mueren sin amor y sin comida ni agua, y la diosa Tierra es una ajenidad, o un castigo. Y la vida se humilla por la pobreza, y la Tierra se degrada por la riqueza. (Hay una pureza fruto del gozo, perdida para siempre.)

Lo he visto con mis ojos y lo he tocado con mis manos: hay un colmo de maldad a cielo abierto, que dice todo lo que falta decir.

Se trata de la humillación de un río, un río de agua limpia, convertido en río de agua enferma, agua de maldición...

Hay una montaña de oro al pie de ese río. Hay una montaña que se dinamita y un metal que nombra la riqueza y se lava con arsénico...

De allí que el cuerpo del hombre se pudre; de allí que el hombre humilde que siempre vivió del río pierde todo

lo que ni tiene, se inunda, se ahoga y flota, igual que los caballos y las vacas, con la panza hinchada, mordisqueada por los peces.

O sea que el alma del agua pierde por la riqueza su brillo y si un dios soñaba en la cresta pura de una ola, ya no sueña...

Y la belleza del mundo se reduce y tiembla...

# *La poética del dolor social y sus máscaras*

*para las mujeres del Taller  
de Escritura de la cárcel de Neuquén*

## 1.

La historia humana también podría ser contada como el sueño de la poesía (esa poesía que anida en todo arte, en cada acto del pleno amor a la vida), para sublimar, reparar y acaso superar el dolor, la angustia y la tristeza sin fin de las almas, que provocan el crimen de la pobreza, y todos los crímenes que de allí nacen, como flores malditas, como veneno del fruto prohibido.

## 2.

Cómo negar que la crueldad social sigue en pie y que la historia no ha dejado de ser alimentada con los cuerpos inocentes; y sin embargo la poesía persiste soñando, desafiando la realidad, como una obstinación de la especie, y crece viva, más que el agua y el fuego, también detrás de las rejas y murallones, donde el poder del estado organiza, con plena conciencia (y exuberante prepotencia), la depositación del *mal humano*. Ese mal que deberá existir, y a la par habrá que castigar, para mantener organizado el mundo a partir de la pobreza, para no perder los beneficios y monstruosos privilegios que provoca el crimen de la pobreza, hoy más que nunca desnudando hasta el hartazgo que allí está el origen de la violencia, del sufrimiento general y de la muerte.

## 3.

Si nada es más material que los sueños, así también los sueños tienen su límite en la realidad que impone el poder.

Pecado, sinrazón y delito serán así – según el momento y las circunstancias – los nombres con que el poder titula y desnuda a la pobreza, que en ese universo de la perversidad jamás será parte del bien instituido. Y nunca despertará la belleza, tampoco el gozo de lo sublime. Se sacralizará el rostro del silencio y del vacío. De allí en más, la vida de muchos se pagará con monedas de muerte. Y el crimen, como opresión, como marginación, como usurpación de la dignidad humana, será el anunciado devenir de otros crímenes, tan inútiles como dolorosos, tan evitables como repetidos, en una inmensidad y numerosidad que agobia.

(Y para siempre la diosa Belleza nos besará con sus labios manchados de sangre...)

## 4.

La realidad de nuestro tiempo es el dolor social. Habrá que hablar de ese dolor. Habrá que llenar nuestros ojos con todos los espacios sociales donde se desarrolla el dolor.

Ese dolor que es también la soledad y esa soledad que es igual al espanto. La cárcel no es más que una caja de cristal llena de espectros del espanto, donde la mayor pesadilla será que los cuerpos resuciten después de la vida sin conocer la muerte.

Nuestra vida social está llena de víctimas y victimarios. Las víctimas sólo se irán de la escena del crimen cuando con conciencia de su libertad destruyan la pobreza: será el momento de la emancipación.

Los victimarios, por su parte, gozan de impunidad, nunca admiten el dolor en el daño, ni siquiera un atisbo de culpa o de responsabilidad roe sus frentes. Viven en la falsa conciencia, bajo el fetichismo y la renegación de los actos, fascinados por los ruidosos estertores de las víctimas.

En los otros crímenes, los que se denuncian con grandes voces, reclamando seguridad, los que los códigos, la religión y la moral sancionan, sólo hay víctimas.

La primera víctima es el muerto, el herido, el violado, el humillado y desposeído con violencia en todas las formas...

La segunda víctima es el autor del crimen: pagará con la libertad. Si la valora, cada día será su martirio. De no valorarla, la pregunta es: ¿qué horror hay en su historia que oscurece la conciencia de lo que perdió...?

En otros casos, los de extrema perversidad, tal vez los menos, la pregunta será: ¿qué horror hay en la historia del que no admite la culpabilidad ni siente dolor por el horror que causó? (¿Acaso escuchan el sonido de la pasión como si una lluvia de sangre fuera la ley universal...?)

## 5.

Las almas arden en la tierra...

Hay una pesadilla que opaca el brillo del más antiguo de los sueños y obliga a plantearnos: ¿no es la libertad, paradójicamente, la materia con que el poder se cobra, en los cuerpos que persigue, las deudas de los delitos, como si estuvieran en juego unas cuantas libras de carne...?

Detrás del crimen siempre se consuman un ritual y un discurso de muerte, aunque la víctima no perezca.

En cada delito, en cada delirio y en todo castigo aparece un cuerpo que se mortifica en la agonía y suena un grito que lo denuncia...

Y si la poesía del silencio alivia el alma sufriente, la poesía del grito la exaspera hasta alcanzar los cielos en el infierno.

Ello sucede en la poesía escrita en las cárceles, o desde los socavones donde se amontonan los delirios y los fantasmas de la demencia.

## 6.

La reclusión en las cárceles – y en los hospicios y en los asilos para niños y viejos –, es un crimen y es un dolor extremo de consumación continua y perpetua, aunque dure momentos, que nace y se desvanece con cada víctima, en cada infierno disfrazado de azar o de destino, o instituido como antídoto eficaz contra la violencia, el vicio y sobre todo la maldad, paradigmas de la racionalidad social.

Un orden sano de adaptación pasiva que se consume con el decir bíblico: sólo come el que trabaja, y sus consecuencias explicitadas como dura advertencia al desobediente: *sembrarás vientos y cosecharás tempestades*.

La cárcel y el manicomio, o la tumba, pasan a ser el ojo de la tempestad.

Las instituciones de castigo creadas para la pobreza, como la mismísima pobreza que crea las instituciones y les da de comer – con sus cuerpos y sus almas rindiendo una última plusvalía, en la postrer bocanada...– multiplican los daños, los agigantan, los prolongan en el tiempo y dejan llagas sin cura en el cuerpo de los castigados, y en el cuerpo de los hijos y de los hijos de sus hijos, que heredarán sin beneficio de inventario los sarcófagos de la mortificación, nada más que piedras y tierra sin semillas...

Que la poesía nazca en semejante tierra, porque la poesía también se escribe en las cárceles (y demás catacumbas), sobre las espaldas del que sufre, habla de un milagro, si llamamos milagro a la obstinada resistencia humana para seguir vivos en el final del día...

## 7.

El espacio es ahora la cárcel: todo flota bajo límites precisos...

El tiempo de la cárcel es una sinfonía de desgracias...

La fragilidad del instante se funde en la soledad del infinito:

Unas mujeres, escriben.

Todos los simulacros de la realidad quedan bajo el hechizo de semejante acto: hasta la libertad renace de sí misma. Ya no hay calma, toda la cárcel, cada uno de los calabozos, cada barrote arde en las hogueras de la poesía.

Los cuerpos recobran su alma. Los objetos reanudan su magia... Unas mujeres tras los muros desafían la soledad de las estrellas y escriben...

La belleza clama en la noche del mundo...

## 8.

Así como los muertos nos hablan de la muerte y ningún muerto ni todos los muertos son la muerte, y menos aún la eternidad; así también el dolor de la pobreza, el

dolor de la reclusión, el dolor de la no libertad que acrecienta hasta el delirio la necesidad de libertad, no es toda la humanidad, y sin embargo hace que la humanidad pierda su sentido.

Cada pobre, hablo aquí de cada ser con pobreza de su libertad, vive la temporalidad estricta de su pobreza; sin embargo no la agota ni confunde su sustancia – propia e indeclinable por su sentido de trascendencia – con esa pobreza que no es en su origen naturaleza, menos aún designio de la divinidad. (Es inconcebible una perfecta divinidad que haga “trampas” a sus criaturas, pervertiendo con la aparición de la pobreza ese poder de acción en libertad que define lo humano, que hace de lo humano el espejo donde la vida se refleja como amor en los ojos del otro).

## 9.

La conciencia de la vida se magnifica igual que el fuego...

Cómo nombrar ese bien y esa belleza que son anteriores a la palabra, y que por tanto no pudieron ser pensados sino que fueron en sí como la piedra y el árbol...

¿Quién escucha en la noche...? ¿Quién abre su ventana de clausura en la cárcel o en el manicomio...?

Estamos hablando del bien y de la belleza, pensamos como criaturas que soportan el nudo de una soga en la garganta en el único espacio de necesidad y deseo donde el bien y la belleza brillan de puro significado...

## 10.

Es el cuerpo del muerto que nos da conciencia de la vida...

Es el cuerpo de la locura que nos descubre la razón...

Es el cuerpo en la cárcel donde se desata la libertad...

De esto se trata: como la muerte, la locura y el crimen no son mucho más en nuestro tiempo que las más caras del dolor con que el poder rinde tributo a la estructura final que le da nombre y sostén: la pobreza.

Será preciso el socorro de la poesía, para que Prometeo en nombre de todos los hombres sufrientes le robe a Dios nuevamente el fuego, y aunque el dolor infinito sea el castigo, otra vez el bien y la belleza serán la esperanza...

## 11.

Las viejas verdades existen en el mundo, también la bruma en la orilla del mar...

En la orilla de la vida se acurruca el dolor de la pobreza, la angustia de todos los castigos que de allí en más nacen; ni siquiera la bruma extiende sus alas para cubrir la realidad

del horror de nuestros días...

Habrà que recordar: el que a hierro mata, a hierro muere...

La mano que nunca conoció ni las sobras del amor, es la mano que se extiende ante el misterio de la vida.

¿Cómo se escuchan las músicas del desprecio y de la desesperanza?

¿Cómo se pronuncia la palabra piedad...?

Cuando se abran todas las puertas, ¿habrá glorias en los cielos...?

# *Quemarlo todo.*

## *Pasión por los niños muertos*

### *en Tucumán*

Esos cuerpitos, niños enterrados en cajones rústicos, pequeños, casi de manzanas, frutos desechos, materia escasa y lúgubre del árbol de la vida que en ellos apenas ocurrió.

Cuerpitos mínimos, umbrales del deseo, nacidos y condenados desde la primera luz a una oscuridad sin tapujos, fatalidad extrema que no conocerá la piedad de soñar otro destino frente al espejo quebrado de la finitud.

Cuerpitos saqueados hasta de la capacidad de símbolos para una esperanza, o el engaño final. Muertes alucinadas, muertes de un terror vacío, muertes como espacios en blanco, humildes y sin defensa. No el martirio sagrado de los héroes y los cristos sino un inevitable y mecánico sacrificio sin adioses ni promesas de redención; muertes para la muerte, igual que los corderos ante el mazazo del matadero.

Cuerpitos de madres pobres que ahora rezan a sus angelitos y mañana tendrán otros angelitos también para las muertes si antes no nace un odio gigante, porque la conciencia también puede nacer como un odio gigante en los cuerpos de los niños y sus madres del sacrificio en un país que conoció tanta muerte que se olvidó de la vida.

Hablo de los cuerpitos, estoy ante las fotos, me miro en los ojos ahora bajo la tierra de Tucumán, cuerpitos humillados en la inmensidad sin nombres ni memoria, simple comida para los bichos que no tendrán hambre, porque los cuerpitos fueron todo el hambre posible en la hambruna cruel de un país más que cruel en su perversa y tan larga ceguera.

De las almitas de los niños sacrificados –¿o no hubo aquí un sacrificio público?– se encargará algún Dios, si es que aún existe y atiende tales menesteres. Son almitas puras, inmaculadas, sin amores, sin odios. Ni siquiera tuvieron tiempo, o aliento, para las pasiones.

Acaso las almitas no sientan el hambre, ni guarden recuerdos del cuerpo que las albergó.

Los cuerpitos sí conocieron cada una de las palabras del hambre, y los gritos y el silencio que arriba con lo peor del hambre.

El hambre fue la muerte, que no necesitó guadaña ni vistió sus mantos negros.

Una muerte sin bombas, sin tiros, sin el cuchillo que desgarró la carne. Una muerte sin alaridos ni sangre, sin más obscenidad que la propia muerte. Una muerte limpia para que no manche sus manos el Poder.

La realidad es muy simple, como una piedra que sostiene otra piedra: el hambre de los niños es la muerte de los niños. No muestra sonrisas, tampoco lágrimas.

Estas muertes no conocerán el duelo de los serenos, escapan a la sublimación de los bien pensantes, rechazan y rechazarán la justificación de los justos que reproducen la justicia encaramada sobre cruces y tumbas.

Son muertes para escupir sobre la justicia, sus jueces y sus tumbas.

Músicas sin música, cuerpitos para el hambre, almitas sin gracias celestes que padecieron en la tierra el infierno de los pobres...

Niños muertos de Tucumán en la última estación de la tristeza...

Aquí, en este país, donde por miedo, obsecuencia, especulación o egoísmo, con conciencia o con alineación, por ser idiotas o por ser perversos, o por lo que mierda Dios sea, buena parte de su sociedad se dejó llevar a sus vivos y no enterró a sus muertos, y más tarde, con liviandad que asquea y pone un carbón ardiente en la punta de la lengua, arrojó hasta las manos del verdugo la soga para su propio ahorcamiento; aquí, en este país, donde las sobras de la comida se disputan a golpes y mordiscos por las calles, se terminó la inocencia.

Una a una conocemos las luces para resistir, pero también las sombras para el espanto. Todos sabemos qué está pasando en el país. El inventario de desgracias rebasa el libro y la paciencia del buey apesta por los cuatro costados.

Más todavía: las causas de la desgracia ya se exhiben desnudas, con la grosera pornografía con que un poder pagado de sí se arroja las llagas que provocó.

Hay nombres y apellidos para el Terror de Estado del ayer; las muertes por hambre (y por represión) del hoy, y las lágrimas por los caídos que se sucederán en las luchas de mañana. Nunca un Imperio, el sistema de producción económica que lo sostiene, las clases dominantes que administran los territorios periféricos – y resguardan hasta el máximo su visión del mundo y sus privilegios –, y la cultura de tanatos que justifica y da razones sobre su existencia, abandonan el campo de la batalla de la historia sin provocar el estruendo, el daño y el dolor que ya es parte de la larga memoria de los pueblos. Hablamos del hambre, la pesadilla que tiñe con crueldad las horas que se viven.

El hambre no lo provocó la ira de un Dios vengativo, o sufriente por el escaso amor de sus criaturas perdidas en el desvarío de un sálvese quien pueda. El hambre tampoco vino a caballo de una naturaleza despiadada o sumida en el desorden por terremotos, plagas o sequías.

La tierra sigue generosa, las lluvias no alteran su buena medida. Se amontonan las frutas y verduras y explotan de granos los silos. La comida sobra. La comida da, da y da riquezas. He ahí el drama: la comida ya no es comida. La comida es, por sobre todo, riqueza. Que no se distribuye. Que se acumula. Que se convierte en instrumento de usura, en poder político y en institutos morbígenos. Es una fábula sin tiempo, simple y terrible – más terrible cuanto más simple. Con niños que se mueren de hambre y hombres –y sus empresas y la red financiera detrás de las empresas –, que no terminan de contar la riqueza que les dejan los frutos de la tierra, mien-

tras la belleza del mundo no se detiene, porque también la belleza perdió su conciencia.

Para que una sociedad deje morir a sus criaturas más desvalidas, inocentes, y todo sigue igual bajo el sol, debe haber una organizada impunidad –para escapar del castigo–, una gruesa complicidad –para reproducir la causalidad de los hechos–, y una aberrante plusvalía final, porque un poder rapiñoso saca provecho político mostrando su interés por los cadáveres.

Más allá de fáciles habladurías y compasiones que se pierden en cualquier atajo del camino, hay voluntad en quienes están en el poder, y en muchos que los sostienen como sus representantes, para que las muertes por hambre de los niños se instalen con naturalidad, y hasta aburrimiento, en nuestros días.

Una sociedad amparada en su estructura perversa, y más allá del mono o del verdugo que dé la cara, debe seguir castigando a los cuerpitos, condenados por el delito de nacer donde y cuando no se debía.

Que nadie lo olvide. Para eso están sus fotos monstruosas en los diarios y pantallas. Son cuerpos que abundan, que poco sirven; alguien de la escuela de Lombroso diría, mirando sus orejas raquíticas, que nacieron para la mendicidad o el crimen, que suelen ir de la mano.

Cuerpos desechos. Pobres de la peor pobreza. Hijos y nietos de pobres que, si escapan a la Parca, padres de pobres serán.

Cuerpitos que a la hora de los lobos, cuando ya no se rezan rosarios ni se recuerda la letra de la Constitución, morirán de tan definitivamente pobres, de tan desesperados y hambrientos, de tan poquita cosa esos cuerpos y esos almitas que tampoco parecen humanos, aunque la humanidad de los vivos sea apenas la sombra de los pobrecitos muertos.

Hay hoy en mi boca –y acaso en otras bocas– un deseo oscuro y grueso, sin matices, que tensa el campo de la razón y pone al rojo vivo, como en un sueño terrible, el sentido de lo justo y necesario: *quemarlo todo*.

# Resucitaciones

Pequeñas sombras y míseros gritos, apenas lo humano, que ya ni conmueve a las estrellas. Algo está allí, desafía los sentidos, forcejea con la eternidad, se estremece pálido y al fin se aquieta. No hay músicas en la agonía...

Cae la lluvia y podría no caer; el corazón está seco y la tierra como nunca, árida... Ahora es momento de tormenta, los rayos bailotean en las torres y las aves de rapiña recogen sus alas. Ya volarán...

Un viento sin origen abre las puertas para una nueva vuelta de tuerca en la ciudad. ¡Hay más! Siempre hay más si el animal del aullido roe las frentes celestes... Lo atroz en el alma, anhela y espera...

Ante nuestras narices, un ángel de ausencias recorre las sombras sagradas; se detiene en ellas, diríase que las reconoce y las besa...

El temblor manso se extiende por las calles, se da la mano con el perfume espeso de las coronas mustias, apiladas en los bordes del cementerio.

Bajo las nubes de noviembre, todavía amenazadoras, aparecen los niños. El desierto de la salvación retrocede junto a ellos. Todo lo sucio, lo roto, lo descartado y lo expulsado de sí como pura porquería, está con ellos.

También Dios está en ellos, pero Dios, no lo sabe. La

policía tampoco lo sabe, así que muestran sus pistolas como si fueran los diez mandamientos.

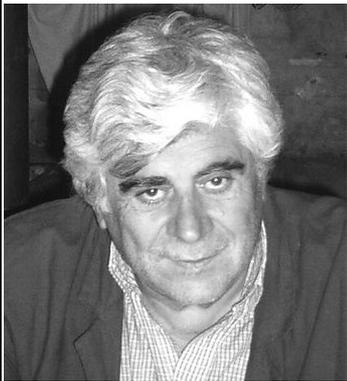
Los ojos de los niños no perdonan. Nacieron a la vida en un espacio cruel, en un tiempo de espanto, y a la espera de la muerte en la soledad de soledades que guarda la muerte viven. Como el aire del basural, apesantan. Peor que las moscas, molestan. No hay lirios aquí. Que el hipócrita de culo limpio escupa contra su propia tumba.

Sin que cumpla cinco años la inocencia, antes que el astro más pálido gire alrededor de su belleza cinco años, millares de niños –oh, sí, niños, el llanto de sus cuerpitos –, morirán en el olvido, sin nombre quien no comió y sin nombre quien les quitó la comida, mientras las huellas de sus pies se pierden en el desierto...

Más allá de la tristeza. Por fuera del agobio. Las gotas de lluvia son iguales a las gotas de lluvia, apenas nos hacen pensar en el sol...

El hambre no perdona a los niños de la ciudad voraz. Igual que los perros callejeros que husmean al verdugo, igual que los dioses de labios fríos, así morirán.

Cuando lleguen nuevas lluvias porque se anuncian prontas lluvias, puede ser que resuciten los dioses, pero los niños del hambre no resucitarán.



**Vicente Zito Lema** nació en Buenos Aires en 1939. Trabajó como periodista en distintos periódicos como *Clarín*, *El Cronista Comercial* y *La Opinión*. Fue director y fundador de la revistas *Cero* de 1964 a 1967, colaborando con poetas del grupo "Barrilete", entre quienes se encontraban poetas como Miguel Ángel Bustos y Roberto Jorge Santoro. En la revista se llegó a publicar poemas de Ho Chi Minh por primera vez en castellano, traducidos por Juan L. Ortiz. En 1969, funda y dirige la revista literaria *Talismán*, en la cual reivindica la figura intelectual de Jacobo Fijman y se ganó la censura por un dossier dedicado a la familia, cuya portada presentaba la fotografía de Zito Lema, su compañera y sus dos hijas, desnudas. La fotografía habría de ser ganadora de un certamen nacional. *Talismán* estuvo ligada al surrealismo de André Bretón y su manifiesto firmado junto a León Trotsky.

En la década del '70 se vincularía con distintas revistas como *Liberación* colaborando con Julio Cortázar y Rodolfo Walsh, *Nuevo Hombre*, y *Crisis* junto con Eduardo Galeano, Haroldo Conti y Federico Vogelius.

Tras el golpe de estado de 1976 en Argentina, decide emigrar en 1977 hacia Europa. Tras haber estado en varios países decide finalmente radicarse en Holanda. Entre sus actividades en el exilio está el haber conformado la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU) junto con otros intelectuales como Julio Cortázar, David Viñas, entre otros. Estando exiliado escribe *Mater*, obra de teatro sobre la gestación de Madres de Plaza de Mayo y su lucha. Regresa a la Argentina en 1983.

Fue discípulo del creador de la escuela de psicología social, Enrique Pichon-Rivière, y del poeta Jacobo Fijman. Junto con las Madres de Plaza de Mayo funda en 2000 la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, de la cual fue rector hasta 2003. Dirigió la revista *Cultura y Utopía*, de la Universidad Popular Madres Plaza de Mayo.

En el año 2013 es declarado "Doctor Honoris Causa" por la Universidad Nacional de Río Cuarto, en la provincia de Córdoba. En su emotiva disertación recuerda su relación con el escritor Haroldo Conti.

Actualmente trabaja como profesor de arte terapia y escritura en el centro La Puerta, continua su trabajo de escritor y poeta. Así como se encuentra desarrollando su Teoría de antropología teatral poética, que se extiende a la dirección, la actuación y la dramaturgia.



# Otras publicaciones de Editorial Fundación La Hendija



**Nº 1**

## **Somos un mar de información**

Terapia Gestáltica y Constelaciones Familiares, por Gabriela Achur

**Romper el molde... para re-descubrir-nos en el aula**, por María Silva y Luciana Basso



**Nº 2**

## **La salud... el estado natural del ser humano**, por Mario Bozzi

**Las carabelas de la nueva colonización**, por Darío Gianfelici



**Nº 3**

**En el despliegue de la vida... Pensamiento, deseo y creación**, por Annabel Lee Teles

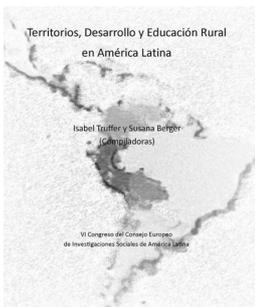
## **Territorios, Desarrollo y Educación Rural en América Latina**

**Isabel Truffer y Susana Berger (Compiladoras)**

No es casual que en el año 2010, numerosos países latinoamericanos conmemoren los bicentenarios de sus independencias. El lema del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina, (CEISAL), "*Inde-pendencias, dependencias e interdependencias*", nos invitó a pensar acerca de los múltiples sentidos que adquieren y han adquirido a lo largo de la historia de nuestros países, los conceptos de desarrollo, territorios y educación. Los mismos, generalmente son visualizados como desarticulados entre sí, en realidad se constituyen, como sistemas axiomáticos laxos, que sustentan políticas explícitas o implícitas, dando lugar a las profundas, contradictorias, controvertidas, dinámicas y complejas transformaciones socio-políticas de las últimas décadas en la región.

Encontramos así que la posibilidad de historizar desde una perspectiva crítica, los procesos que las sustentan, mostrando sus relaciones y contradicciones, nos acerca seguramente a una mayor comprensión de los mismos.

Este libro es el resultado de esa posibilidad que se concretó en el VI Congreso del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina en 2010.



Para más información comuníquese con nosotros a través de [editorial@lahendija.org.ar](mailto:editorial@lahendija.org.ar) o al teléfono 0343-4242558

Facebook: Editorial Fundación La Hendija

[www.lahendija.org.ar](http://www.lahendija.org.ar)

## Un Spivacow de pan N°1

### **Somos un mar de información. Terapia Gestáltica y Constelaciones Familiares, por Gabriela Achur**

*"La terapia gestáltica es un enfoque, una forma de mirar y de enfocar que incorpora todos los sentidos. No miro sólo con los ojos, sino que miro con los oídos, con el tacto, con el gusto, con el olfato. Aprendo a incorporar lo que hay alrededor mío a través de todos ellos. Esto hace que uno aprenda... Pero antes, creo que es necesario dejar claro que 'uno' es una palabra que no usamos, porque consideramos que despersonaliza y como trabajamos con el enfocar, es importante que la persona que habla se haga cargo de lo que dice. Entonces, yo voy a usar mucho la palabra 'yo', pero no por egoica, sino para hacerme cargo de lo que estoy diciendo, o 'para mí', entonces me hago cargo de lo que digo. Esa es una de las reglas básicas para mirar desde el enfoque gestáltico: hablar en primera persona. Cuando hablo en primera persona, invito al otro a que también se traiga. Cuando decimos 'traéte', que es un término de nuestra jerga habitual, estamos diciendo 'contame de vos'. Hablamos de hablar de nosotros mismos. Que cada uno pueda animarse a mostrar lo que piensa, lo que siente, lo que le pasa, lo que vive..."*

*Lo que me pasó a mí, porque no todo el mundo hace este camino, fue que a partir del trabajo con Gestalt yo llegué a conocer las constelaciones familiares y lo que descubrí es un hilo en común que es la Fenomenología. Las constelaciones también son fenomenológicas y trabajan con la información que hay en el presente. De hecho están sostenidas en la fenomenología. Es decir que tienen como raíz el mismo foco. La diferencia es que la Gestalt, está más enfocada en lo personal y las constelaciones están más enfocadas en lo sistémico".*

### **Romper el molde... para re-descubrir-nos en el aula, por María Silva y Luciana Basso**

*Podríamos empezar diciendo que la escuela tradicional está en crisis, y que no es tan solo una sospecha: la vivimos, la analizamos, nos enojamos con ella, la padecemos hasta en nuestros cuerpos, como la pelusa en el ombligo.*

*Somos docentes, y hace mucho que escuchamos este tipo de afirmaciones circular por el discurso de los encargados de diseñar y aplicar políticas educativas, de los gremios que nuclean a las personas que trabajan en educación, de las familias, de quienes ejercen la tarea docente y de los niños, niñas y jóvenes que asisten a las instituciones educativas. Sabemos que hemos construido una escuela preocupada por educar en el saber, en la cantidad, en transmitir la VERDAD (consagrada por ella misma), y que descuidó la formación del SER. Día tras día, somos testigos del alejamiento, de la apatía, del aburrimiento y el desdén que envuelven a la escuela y lo que allí sucede. O la contracara: una violencia creciente que se instala en lo institucional.*

## Un Spivacow de pan N° 2

### **La salud... el estado natural del ser humano, por Mario Bozzi**

*"La salud, sobre todo la enfermedad, pasaron a ser bienes de consumo y alrededor de ellas se crearon, al igual que en todas las líneas de producción, una enorme cantidad de cosas para consumir.*

*En este caso, con la gran ventaja, de no haber cuestionamiento. Desde hace muy poco tiempo comenzaron a aparecer voces que alertan sobre el fenómeno del hiper-consumo en los ámbitos de la medicina. Pero está muy lejos de afectar en algo al sistema. (...) Las enfermedades son construcciones sociales. Cada sociedad diseña sus propias enfermedades de acuerdo a sus hábitos de vida. De acuerdo a su alimentación, su manera de moverse, de pensar, de sentir, de festejar, de relacionarse con los demás y con el mundo que nos rodea."*

## Un Spivacow de pan N° 3

### **En el despliegue de la vida... Pensamiento, deseo y creación, por Annabel Lee Teles**

*"Las experiencias singulares y colectivas que apuestan por la creación fuerzan a la pregunta y exigen modificaciones en las condiciones de vida. En ese camino, la pregunta por lo humano singular-colectivo y por las composiciones relacionales que lo vinculan consigo mismo, con los demás y con la naturaleza contribuye a comprender los modos de existencia en este tiempo de mutaciones que nos ha tocado vivir. Pensar lo humano singular-colectivo, los procesos creativos que cada quien despliega, significa pensar el mundo en el que nos encontramos y avanzar hacia una propuesta ético-política capaz de propiciar nuevos modos de existencia que traigan consigo nuevos modos del mundo."*

La **Editorial Fundación La Hendija** intenta ser un lugar que permita poner en circulación el pensamiento, las ideas y las pasiones que nos impulsan a nuevas configuraciones del espacio-tiempo que habitamos, de nuestro propio espacio interno; es decir, del mundo. Esos decires que nos ocupan, nos contagian, nos *con-mueven* y de esa manera nos permiten caminar hacia la construcción de nuevos modos y formas de ser y hacer con el otro, con los otros. ¿Seremos capaces de hacer otra cosa, de imaginar otros posibles? Y nos animamos a una respuesta: desde esta editorial creemos en la capacidad de cada uno de nosotros para hacer otra cosa, porque lo hacemos cuando nos embarcamos en la difícil tarea de lo cotidiano, donde aparecen los desafíos más viscerales y las posibilidades más sorprendentes, ¿somos capaces de imaginar otros posibles?: esos otros posibles ya están siendo, con otras formas, otros modos, otras palabras y otros haceres. Este espacio virtual o real, esto que configuramos hoy como editorial, es un esbozo de esas otras posibilidades.

*Los libros de nuestra editorial y la red de librerías donde puede encontrarlos en Argentina pueden consultarse en:*

***[www.lahendija.org.ar](http://www.lahendija.org.ar)***